

LA ECONOMÍA FEMINISTA Y LOS CONCEPTOS DE VALOR,
EFICIENCIA, ESCASEZ, EGOÍSMO Y COMPETENCIA:
IMPLICACIONES PARA LA EDUCACIÓN

MYRA H. STROBER*

INTRODUCCIÓN

En las sociedades industrializadas avanzadas, los conceptos económicos desempeñan un papel importante en la estructuración no sólo de cómo pensamos sobre la economía, sino también de cómo pensamos en otras instituciones sociales y políticas, incluida la educación. Postulados clave de la economía como el valor, la eficiencia, la escasez, el egoísmo y la competencia han llegado a dominar nuestra comprensión no sólo de los lugares de trabajo y los mercados, sino también de las interacciones políticas y sociales.

En los últimos años la economía feminista ha empezado a cuestionar las premisas básicas de la economía, al afirmar que muchos de los supuestos, conceptos y recomendaciones políticas clave de la economía están superados, como productos de las eras particulares en que fueron

Manuscrito recibido en noviembre de 2000.

La autora agradece el dictamen realizado por los dos dictaminadores anónimos.

* Economista laboral y profesora de educación en Stanford University School of Education. Actualmente se encuentra en Atlantic Philanthropic Services, 120 East Buffalo Street, Ithaca, New York, USA, e-mail: mhs@apscompany.com.

deducidos y del sexismo del mundo occidental en los últimos doscientos años. El propósito de este artículo es explicar el trabajo más reciente de la economía feminista y especular acerca de las implicaciones de ese trabajo para la educación.

¿QUÉ ES LA ECONOMÍA FEMINISTA?

Dicho sencillamente, la economía feminista consiste en repensar la economía como disciplina con el objeto de mejorar la condición económica de las mujeres. La economía feminista lleva a ese terreno la simple definición de Regina Gagnier del feminismo y su objetivo: “La esencia del feminismo es que la opresión de las mujeres existe, y su proyecto normativo es hacer que el mundo sea mejor para las mujeres.”

La economía feminista ha reabierto cuestiones que aparentemente se habían resuelto hace años, con preguntas mucho más amplias que las que hoy se plantean la mayoría de los análisis económicos, preguntas que están en el centro de la economía, pero que los teóricos económicos de hoy generalmente eluden: preguntas sobre el valor, el bienestar y el poder.

En el proceso de plantear esas preguntas más amplias, la economía feminista desafía varios de los supuestos básicos de la disciplina, por ejemplo, el valor de la eficiencia, la existencia de la escasez y la omnipresencia del egoísmo. La economía feminista además critica a la economía a nivel metodológico, y elabora un examen cuidadoso de las afirmaciones del conocimiento de ésta. Por ejemplo, ¿llegan de hecho los economistas a saber lo que afirman como verdad? (Bergmann, 1987). Asimismo somete a examen el estrecho enfoque cuantitativo de los economistas, su escepticismo acerca del valor de la información que se puede obtener mediante entrevistas, y su insistencia en que el análisis económico es y debe continuar siendo “objetivo” (“sin valoraciones”) (Blau, 1981) y “sin emociones” (Strober, 1987).

Antes de pasar a examinar con detalle algunos aspectos de la economía feminista, volvámonos por un momento a su definición. Ésta no es esencialista, o sea no cree que existan diferencias fundamentales (esenciales) entre las mujeres y los hombres. Por tanto, no dice que las muje-

res necesiten una economía diferente a la de los hombres.¹ Además, no cree en diferencias fundamentales entre economistas hombres y mujeres, y por tanto, no acepta la idea de que la economía de las mujeres economistas es diferente de la que hacen los economistas hombres, y tampoco que las mujeres tengan una línea directa particular para comprender la opresión económica de las mujeres. Sin embargo, sí es posible que muchas cosas que las mujeres saben provengan de experiencias que la mayoría de los hombres no tiene.²

El motivo de su surgimiento proviene del estatus social subordinado de las mujeres, y del reconocimiento de economistas (tanto hombres como mujeres) de que para mejorar esa situación es necesario un repensamiento fundamental de la disciplina. En consecuencia, si bien el principal interés de la economía feminista es mejorar la posición económica de las mujeres, inevitablemente ha tenido varios productos secundarios significativos, ya que su crítica de la teoría y la metodología de la corriente principal de la economía han operado como un factor muy poderoso en la transformación de la educación superior en general.

La economía feminista está lejos de ser un movimiento monolítico. Sus practicantes provienen de distintas “escuelas” dentro de la economía: la corriente principal, la institucional y la marxista, por nombrar sólo algunas. También provienen de distintas “escuelas” dentro del feminismo: liberal, radical, marxista y separatista. Además, muchas economistas feministas están interesadas en los términos raza-género, o raza-género-clase, tanto como en el género por sí solo. Así, la crítica de la economía

¹ Por esta razón no me gusta hablar de economía masculina y economía femenina. Eso no hace más que perpetuar viejos lugares comunes (por ejemplo, que los hombres son matemáticos y las mujeres no) y sirve para confundir los problemas. Es mucho mejor decir que la teoría económica de la corriente principal es sexista que llamarla masculina.

² Por ejemplo, muchas mujeres economistas tienen una comprensión directa del sexismo adquirida a través de experiencias personales directas en el mundo académico. Y como madres algunas mujeres economistas bien podrían tener más probabilidades de cuestionar los supuestos económicos del ser separativo y la maximización egoísta de utilidades. Sin embargo, algunos economistas que dedican mucho tiempo y esfuerzo a criar hijos también, podrían encontrarse cuestionando los mismos supuestos por la misma razón. La comprensión no viene del género, sino de las experiencias.

que surge de los escritos de la economía feminista, es sumamente variada y de vastos alcances.

EL VALOR

Para determinar qué hace que las personas estén mejor, es necesario tener una teoría del valor. Pero la economía moderna no tiene mucho que decir sobre el valor. En cambio, tanto los economistas de la corriente principal como los marxistas, si es que consideran el tema, dicen que la cuestión del valor (igual que la cuestión del bienestar) ya está resuelta.

Julie Nelson (1992) ha señalado que a pesar de que Adam Smith consideraba la economía una cuestión no sólo de intercambio sino también de aprovisionamiento, la economía moderna ha preferido olvidar el tema del aprovisionamiento y concentrarse exclusivamente en los problemas del intercambio. Del mismo modo, Adam Smith consideraba dos aspectos del valor: el valor de uso y el valor de cambio. Sin embargo, de nuevo, la economía moderna ha llegado a concentrarse exclusivamente en el valor de cambio, evitando la consideración del valor de uso.

El valor de cambio es el valor que un bien o un servicio tiene en el mercado. Con frecuencia el precio de un bien o servicio se utiliza como medida de su valor de cambio, aunque en la economía continúa un largo debate sobre la corrección del precio como medida del valor (el llamado problema de la transformación). El valor de uso, por su parte, es el valor de un bien o servicio para un individuo sin tomar en cuenta su valor de cambio. Por ejemplo, una fotografía puede tener un elevado valor de uso para un individuo, aun cuando su precio en el mercado sea de cero.

Los economistas han justificado su concentración exclusiva en el valor de cambio, ignorando el valor de uso, con el argumento de que la economía sólo está interesada en el valor y el bienestar y que el valor de cambio es el que llega más cerca de medir esos conceptos económicos.

Para medir el bienestar con base en el valor de cambio, los economistas observan el consumo de bienes y servicios, o bien el ingreso (consu

mo más ahorro).³ El bienestar de un individuo en un periodo determinado es igual a la cantidad total que ese individuo consumió o ganó en ese periodo. En conjunto, el bienestar se mide por el ingreso per cápita, el llamado nivel de vida, que es el producto nacional bruto o el producto nacional neto (el producto nacional bruto menos la depreciación) dividido por la población.

Por supuesto, los economistas reconocen que hay valor económico en bienes y servicios no mercantiles, cuyos ejemplos más evidentes son la producción doméstica y el trabajo voluntario. Sin embargo, pese a ese reconocimiento, para ellos el valor es igual al valor de cambio. Como la mayor parte del trabajo no mercantil todavía es realizado por mujeres, trabajadoras asalariadas o no, los cálculos de los economistas subestiman enormemente la contribución de ellas al bienestar económico.

Además de ignorar por completo el valor del trabajo no mercantil, al concentrarse exclusivamente en el valor de cambio los economistas ignoran también los problemas de la calidad de vida. Marilyn Waring (1988) presenta la paradoja de que, de acuerdo con las definiciones de los economistas, una selva prístina, abierta a todos y propiedad de nadie, no tiene valor. No lo tiene hasta que alguien la compre. Y si el nuevo propietario empieza a cortar los árboles para utilizar la madera, los economistas consideran que su valor ha aumentado aún más (a pesar de que ahora la selva puede ser un terreno baldío que no proporciona ningún placer visual).

Con el tiempo, a fuerza de llamar valor al valor de cambio, los economistas han dado a los mercados el poder de convertirse en árbitros del valor económico. Si un artículo obtiene en el mercado un precio que es el doble del de otro, se dice que el primero tiene un valor económico que es igual al doble del segundo. A medida que el tiempo sigue pasando, el hábito de confundir el precio con el valor económico va aún más allá; eventualmente se omite el calificativo "económico" al hacer la comparación de valores y, si el precio del primer artículo es el doble del precio

³ La cuestión de si los ahorros deben ser considerados como parte del bienestar no tiene una respuesta unánime. Conceptualmente, el bienestar basado en el valor de cambio debería incluir el ahorro, y por tanto, se debería usar el ingreso como medida del valor, pero con frecuencia se usa el consumo.

del segundo, se dice simplemente que el primero tiene el doble de valor que el segundo.

Los efectos negativos para las mujeres de la idea de que los precios del mercado reflejan el valor económico o, peor aún, el valor a secas, son particularmente visibles en el mercado de trabajo y el debate sobre el mérito comparable, paga igual por trabajo de valor comparable. Los que están a favor de elevar los bajos salarios que se pagan a las mujeres en ciertas ocupaciones, como el trabajo social o el cuidado de niños en las guarderías, de manera que equivalga a los salarios vigentes en ocupaciones masculinas que requieren destrezas y responsabilidades comparables, sostienen que la tasa de salarios que se paga en esas ocupaciones de mujeres está por debajo del valor de esas ocupaciones para el empleador y para la sociedad en su conjunto. Los que se oponen al valor comparable sostienen que en una economía de mercado, el valor de los empleos es el que el mercado les asigna, que el mercado es el árbitro final del valor y que “meterse con el mercado” es un camino seguro hacia la disminución del bienestar económico.

LA EFICIENCIA

Según la teoría económica neoclásica, dado cualquier conjunto inicial de insumos de trabajo, capital y materias primas, cuanto más eficientes sean la producción y la distribución, mayor será la producción de bienes y servicios. En otras palabras, en este análisis, la eficiencia asegura el máximo de bienestar.

Sin embargo, en realidad ese argumento merece un examen más atento. Los teóricos económicos suponen que un aumento del bienestar económico significa por definición un aumento del bienestar total. Por tanto se supone que la mayor eficiencia, que conduce a más producción, lleva al mayor bienestar total. Pero este supuesto es falso.

En realidad, reducir la eficiencia no necesariamente lleva a una disminución del bienestar total, aunque pueda provocar una disminución del producto total. Concentrarse exclusivamente en la eficiencia como un beneficio positivo lleva a los economistas a ignorar problemas de calidad de vida que tienen que ver con asuntos de bienestar.

Los economistas consideran la eficiencia simplemente como un medio para aumentar la producción. Pero la eficiencia también tiene sus costos. Al mismo tiempo que aumenta el bienestar económico puede estar reduciendo la calidad de vida; y por tanto, el bienestar total. La eficiencia representa una forma particular de operar y una forma de ser. Para decidir si vale la pena buscar la eficiencia mayor a fin de alcanzar el mayor bienestar económico, es necesario examinar la relación entre los costos y los beneficios de la eficiencia.

¿Cuáles son algunos de los costos de la eficiencia? Uno de ellos puede ser la diversión. Es irónico que la economía neoclásica, tan fuertemente arraigada en el utilitarismo, haya llegado a perder a tal grado el interés por los asuntos del placer y la diversión. Más bien pone el énfasis en obtener bienestar de bienes y servicios. El hecho de que producir en la forma más eficiente pueda conducir a un proceso de producción aburrido y alienante se pasa por alto, igual que la posibilidad de que muchas personas estén dispuestas a sacrificar algo del “producto” (bienes y servicios) a cambio de tener un proceso de trabajo más disfrutable.

Como el trabajo de las mujeres con frecuencia está en el sector no mercantil de la economía, en general no ha puesto mucho énfasis en la eficiencia. En consecuencia su importancia ha sido minimizada, sus contribuciones al bienestar y la calidad de vida han sido ignoradas. Al cuestionar la asociación entre eficiencia y bienestar, la economía feminista crea un espacio para una evaluación superior del trabajo no mercantil y el valor de la atención y el cuidado.

ESCASEZ, EGOÍSMO Y COMPETENCIA

Otra visión diferente de la economía feminista es que la centralidad de los conceptos de escasez, egoísmo y competencia en la teoría económica (Strober, 1994) es contraria a los intereses de las mujeres. La corriente principal de la economía moderna se define como el estudio de las opciones de personas básicamente egoístas en condiciones de escasez. La competencia es vista como la forma del comportamiento de esas personas básicamente egoístas y puede ser utilizada para producir bienestar para los consumidores.

del segundo, se dice simplemente que el primero tiene el doble de valor que el segundo.

Los efectos negativos para las mujeres de la idea de que los precios del mercado reflejan el valor económico o, peor aún, el valor a secas, son particularmente visibles en el mercado de trabajo y el debate sobre el mérito comparable, paga igual por trabajo de valor comparable. Los que están a favor de elevar los bajos salarios que se pagan a las mujeres en ciertas ocupaciones, como el trabajo social o el cuidado de niños en las guarderías, de manera que equivalga a los salarios vigentes en ocupaciones masculinas que requieren destrezas y responsabilidades comparables, sostienen que la tasa de salarios que se paga en esas ocupaciones de mujeres está por debajo del valor de esas ocupaciones para el empleador y para la sociedad en su conjunto. Los que se oponen al valor comparable sostienen que en una economía de mercado, el valor de los empleos es el que el mercado les asigna, que el mercado es el árbitro final del valor y que “meterse con el mercado” es un camino seguro hacia la disminución del bienestar económico.

LA EFICIENCIA

Según la teoría económica neoclásica, dado cualquier conjunto inicial de insumos de trabajo, capital y materias primas, cuanto más eficientes sean la producción y la distribución, mayor será la producción de bienes y servicios. En otras palabras, en este análisis, la eficiencia asegura el máximo de bienestar.

Sin embargo, en realidad ese argumento merece un examen más atento. Los teóricos económicos suponen que un aumento del bienestar económico significa por definición un aumento del bienestar total. Por tanto se supone que la mayor eficiencia, que conduce a más producción, lleva al mayor bienestar total. Pero este supuesto es falso.

En realidad, reducir la eficiencia no necesariamente lleva a una disminución del bienestar total, aunque pueda provocar una disminución del producto total. Concentrarse exclusivamente en la eficiencia como un beneficio positivo lleva a los economistas a ignorar problemas de calidad de vida que tienen que ver con asuntos de bienestar.

Los economistas consideran la eficiencia simplemente como un medio para aumentar la producción. Pero la eficiencia también tiene sus costos. Al mismo tiempo que aumenta el bienestar económico puede estar reduciendo la calidad de vida; y por tanto, el bienestar total. La eficiencia representa una forma particular de operar y una forma de ser. Para decidir si vale la pena buscar la eficiencia mayor a fin de alcanzar el mayor bienestar económico, es necesario examinar la relación entre los costos y los beneficios de la eficiencia.

¿Cuáles son algunos de los costos de la eficiencia? Uno de ellos puede ser la diversión. Es irónico que la economía neoclásica, tan fuertemente arraigada en el utilitarismo, haya llegado a perder a tal grado el interés por los asuntos del placer y la diversión. Más bien pone el énfasis en obtener bienestar de bienes y servicios. El hecho de que producir en la forma más eficiente pueda conducir a un proceso de producción aburrido y alienante se pasa por alto, igual que la posibilidad de que muchas personas estén dispuestas a sacrificar algo del “producto” (bienes y servicios) a cambio de tener un proceso de trabajo más disfrutable.

Como el trabajo de las mujeres con frecuencia está en el sector no mercantil de la economía, en general no ha puesto mucho énfasis en la eficiencia. En consecuencia su importancia ha sido minimizada, sus contribuciones al bienestar y la calidad de vida han sido ignoradas. Al cuestionar la asociación entre eficiencia y bienestar, la economía feminista crea un espacio para una evaluación superior del trabajo no mercantil y el valor de la atención y el cuidado.

ESCASEZ, EGOÍSMO Y COMPETENCIA

Otra visión diferente de la economía feminista es que la centralidad de los conceptos de escasez, egoísmo y competencia en la teoría económica (Strober, 1994) es contraria a los intereses de las mujeres. La corriente principal de la economía moderna se define como el estudio de las opciones de personas básicamente egoístas en condiciones de escasez. La competencia es vista como la forma del comportamiento de esas personas básicamente egoístas y puede ser utilizada para producir bienestar para los consumidores.

Una de las lecciones que la economía feminista ha aprendido de la teoría de la desconstrucción es una saludable desconfianza de las dicotomías. La escasez, el egoísmo y la competencia son cada uno la mitad de una dicotomía: escasez/abundancia, egoísmo/altruismo y competencia/cooperación.⁴ Lo que ha hecho el análisis económico es relegar la otra mitad de la dicotomía a un lugar fuera de éste. Es decir, la economía se ocupa de la escasez, el egoísmo y la competencia, pero casi nunca de la abundancia, el altruismo y la cooperación ¿Por qué?

Se podría decir que esas dicotomías tienen un lado masculino y otro femenino (escasez, egoísmo y competencia son masculinos, mientras que la abundancia, el altruismo y la cooperación son femeninos) y que la teoría económica ha preferido poner en el centro de su análisis lo masculino, ignorando lo femenino. Pero criticar el uso de dicotomías mediante otras dicotomías sería un sofisma. Además asignar características masculinas y femeninas en esa forma no hace más que perpetuar estereotipos.

⁴ Es interesante observar que la competencia también forma parte de otras dos dicotomías: competencia/monopolio y competencia/colusión. A diferencia de la dicotomía competencia/cooperación que no ha sido explorada por la economía, las dicotomías competencia/monopolio y competencia/colusión han sido objeto de mucha atención. Para el análisis la parte "competencia" de cada una de ellas se aísla con un cordón y se estudia con respecto a las condiciones de mercado denominadas competencia perfecta; lo mismo se hace para estudiar el monopolio y la colusión en relación con el monopolio y el oligopolio, respectivamente. Lo que ayuda a reforzar la argumentación posmoderna de que las dicotomías son artefactos de análisis, y en el mundo real la condición más común del mercado es la competencia monopolista, que como su nombre lo indica mezcla aspectos de la competencia y del monopolio. Sin embargo, el análisis de esa condición del mercado, que requiere superar la dicotomía, es el menos desarrollado teóricamente.

Esas características no tienen nada de masculino ni de femenino, y no estoy convencida de que sea más o menos probable que caractericen al hombre y la mujer promedio.⁵

Lo que el feminismo ha descubierto en relación con esas dicotomías es que al concentrarse en la escasez, el egoísmo y la competencia, la ciencia económica dificulta la redistribución de poder y bienestar económicos. Cuanto más se les dice a los “ricos” que el mundo se caracteriza por la escasez y que el camino al bienestar pasa por el egoísmo y la competencia, menos probable será que se comporten en formas que estimulen el altruismo, la cooperación y un reparto más igualitario de bienes y servicios. Como las mujeres están representadas en forma desproporcionada entre los “pobres”, tienen mucho que ganar con una visión general distinta de la que tiene la economía. Y por el contrario, la visión actual, la concentración en la escasez, el egoísmo y la competencia, sirve al interés de los hombres blancos que en la actualidad tienen el poder económico.

La economía ve el vaso del bienestar económico medio vacío. Pero con la misma facilidad se puede ver medio lleno. Porque si bien en algunos aspectos existe escasez real, en otros el mundo es abundante. Con frecuencia la escasez existe para algunos en medio de una abundancia general, debido a deficiencias de distribución. Por ejemplo, en Estados Unidos actualmente hay comida abundante; tenemos alimentos suficientes para nutrir a todos los estadounidenses. Si algunos de éstos (desproporcionadamente mujeres y niños) experimentan hambre y desnutrición, no es resultado de la escasez de comida, sino de su mala distribución. Del mismo modo, hay zapatos y ropa en abundancia; si alguno experimenta escasez de esas mercancías no se debe a ninguna auténtica escasez. La concentración en la escasez desvía nuestra conciencia del hecho de que el problema se puede resolver mediante la justa distribución.

⁵ El poder de los lugares comunes es notable incluso entre los que buscan romperlos. Un ejecutivo del Valle del Silicón me dijo que está ansioso por llevar mujeres a puestos de dirección porque las mujeres son el “arma secreta de Estados Unidos contra el Japón”. Le pregunté qué quería decir y me dijo que sólo las mujeres eran capaces de dirigir las compañías estadounidenses en forma cooperativa, como se administran las compañías japonesas. (A pesar del hecho de que casi todos los gerentes “cooperativos” de Japón son hombres).

Adam Smith vio un mundo situado en la escasez y poblado por el egoísmo. Sintió alivio al “descubrir” que, pese a todo, el egoísmo humano podía ser puesto al servicio del bien general a través de una economía competitiva. Los economistas ponderan las observaciones de Smith como universales. Pero de nuevo, la economía feminista ya recibió la influencia de la teoría de la posmodernidad y, por tanto desconfía de tal universalidad. Smith observó una sociedad con una cultura determinada a un nivel de bienestar muy inferior al nuestro. No en todas las culturas las personas son tan egoístas como posiblemente eran en Inglaterra a fines del siglo XVIII. Además, cada sociedad tiene opción sobre cuáles características de su pueblo quiere estimular y perfeccionar y cuáles quiere modificar.

No tenemos por qué seguir aprisionados en la opción de Adam Smith, de estimular y perfeccionar la escasez, el egoísmo y la competencia. Los y las economistas feministas quieren indagar conceptualizaciones alternativas porque, así, es más probable que la situación de las mujeres mejore, pero también es muy posible que las conceptualizaciones alternativas mejoren también el bienestar de los varones.

El bienestar económico no depende sólo de lo que tenemos, sino también de nuestras expectativas. Esas expectativas están sujetas a control tanto individual como social.⁶ Con frecuencia las personas perciben la escasez, no porque realmente les falten bienes y servicios esenciales, sino porque sus expectativas y deseos han sido estimulados por la propaganda. Los economistas querrían que creyéramos que los deseos, las necesidades y los gustos de cada individuo son independientes de los demás individuos, y ciertamente independientes de los proveedores de bienes y servicios (después de todo, se supone que la oferta y la demanda son independientes una de otra, derivadas por separado de factores sin ninguna relación). Pero el estadounidense promedio en la calle, y ciertamente el promedio que está sentado frente a la televisión, se reiría de la idea de que nuestros deseos y necesidades no son manipulados. Al insistir en la escasez los economistas están haciendo la defensa de los

⁶ El poder de nuestras expectativas para afectar nuestro bienestar económico es muy grande. Examinarlo aquí nos llevaría muy lejos del tema. Es un campo de estudio maduro para la colaboración entre economistas y psicólogos.

anunciantes y de los empresarios que les pagan para que induzcan la percepción de escasez.

En este momento la ciencia económica, aunque se considere no valorativa, está apoyando mecanismos que elevan nuestras expectativas económicas. Al mismo tiempo, la disciplina tiene poco que decir sobre las aspiraciones de un individuo para el bienestar de otros. Con frecuencia hablamos del *efecto Jones* (el aumento del bienestar de otros nos induce a procurar bienes y servicios adicionales para nosotros), pero ¿no tiene otro lado? ¿No ocurre nunca que alguien se alegre sinceramente al ver que la situación de otros mejora? Se teoriza bastante sobre la agresividad de hombres que se perturban cuando alguna mujer progresa. ¿No existen hombres que se alegren de ver mejorar la situación de las mujeres?

La economía enseña que las personas se sienten mejor si tienen un ingreso adicional y lo usan para comprarse otro par de zapatos o tomarse un poco más de vacaciones, pero no examina en qué medida las personas se sienten mejor si, por ejemplo, ese ingreso adicional se utiliza para proporcionar a una madre sola la ayuda médica que necesita. Para hablar en la jerga del oficio, la economía no pregunta cómo una reducción de la desigualdad del bienestar económico podría afectar mi función de utilidad.⁷ Y sin embargo, muchas personas, mujeres en particular, se alegrarían de renunciar a algún servicio o bien mercantil adicional si de alguna manera pudiéramos mejorar el bienestar de otros(as), con el objeto de poder tener seguridad física cuando caminamos por la calle de noche.

Finalmente, la fijación de la economía en la importancia de la competencia para la creación de bienestar y la consiguiente negativa de la disciplina a considerar la cooperación como un modo de motivar y organizar la actividad podría resultar muy perjudicial para el bienestar de la economía de Estados Unidos, además de perjudicial para las mujeres. Como consecuencia de que no hemos actualizado a Adam Smith, nuestra política *antitrust* está superada, y parece que somos ideológicamente

⁷ Recuerdo que formé parte de un comité para examinar la ciencia económica nacional y traté de plantear varias preguntas sobre la distribución del ingreso y la riqueza. Los demás economistas que formaban el comité me dijeron que ésas no eran cuestiones económicas.

incapaces de emular lo mejor de la cooperación entre gobierno e industria del Japón. La tarea de la economía es dejar de tratar la cooperación y la competencia como una dicotomía y empezar a formular preguntas inteligentes sobre cuánto mejor funciona cada una, y en qué condiciones.

CONCLUSIÓN ECONOMÍA FEMINISTA Y EDUCACIÓN

Este examen de la economía desde el punto de vista feminista ¿qué efectos puede tener para la educación?

En relación con la educación, la idea de que valor es equivalente a valor económico ha sido popularizada por la teoría neoclásica del capital humano. De acuerdo con la teoría del capital humano, la educación es valiosa porque permite a las personas ganar más en el mercado de trabajo. Entre otras cosas, el interés por la teoría del capital humano afecta lo que sí y lo que no se enseña en las escuelas. Si el objetivo de la educación es preparar a las personas para que ganen un ingreso, entonces el plan de estudios debe concentrarse en lo que es valioso en el mercado de trabajo; preparar a los estudiantes para ser buenos amigos o cónyuges o padres se juzga como ajeno a la misión de la escuela. La teoría del capital humano también ayuda a dar forma a algunas decisiones como quién ingresa a los programas de posgrado (no se admite a personas “demasiado viejas” para esperar un buen retorno de la inversión en ellos). Cuanto más la economía feminista logre disociar el valor del valor económico, mayor será la importancia de la educación más allá de sus implicaciones vocacionales.

Del mismo modo, como la escuela es catalogada como una preparación para el trabajo, los conceptos de eficiencia que rigen en las organizaciones de trabajo han llegado también a las escuelas. Se enfatiza en enseñar eficientemente a los estudiantes mucha teoría. En consecuencia, en el plan de estudios de secundaria, por ejemplo, no hay casi nada que tienda a simplemente divertirse y aprender a aprender y a disfrutar de uno mismo. Es posible que buena parte de la rebelión de los estudiantes contra las instituciones de enseñanza (especialmente por los que no tienen éxito en el aspecto cognitivo) se deba a que sus vidas han llegado a

estar dicotomizadas: la escuela es donde no hay diversión, y afuera se trata exclusivamente de divertirse. Cuanto más la economía feminista cuestione el papel de la eficiencia en la producción de bienestar, más escuelas podrán agregar el goce de aprender y la enseñanza del goce a su plan de estudios.

También es importante mencionar el énfasis que pone la economía feminista en romper la distinción entre cognición y emoción. Los economistas (igual que otros científicos sociales) enseñan a sus alumnos de posgrado que el conocimiento se debe comunicar sin emoción. Les inculcan que cuando escriben o hablan deben evitar la pasión; porque para ellos la pasión (o la emoción) interfiere con el análisis que debe ser “objetivo.”

Las economistas feministas sostienen que es imposible divorciar la emoción de la razón. Los que intentan no sentir ninguna emoción cuando comunican información sobre situaciones como la pobreza y el desempleo, por ejemplo, están comunicando a sus oyentes o lectores simplemente una apatía mortal, que evidentemente es un estado emocional (Strober, 1987).

Una enorme riqueza de conocimiento se logrará en la educación a todo nivel si la economía feminista (junto con feministas de otras disciplinas) logra romper esa dicotomía emoción/razón. No sólo se enseñará a los estudiantes a pensar en sus lecciones, sino también a sentir con respecto de ellas. En lugar de una enseñanza desconectada de su vida y sus experiencias de “afuera”, pasará a ser parte integrante de las experiencias de estudiantes y docentes.

Finalmente, si las y los economistas feministas son capaces de impulsar una economía que analice seriamente la abundancia, el altruismo y la cooperación, las escuelas y los que trabajan en ellas podrían sufrir una transformación irreversible. En la actualidad las escuelas reflejan el énfasis económico en la escasez, el egoísmo y la competencia. El énfasis en el aprendizaje individual, la idea de que en cada curso sólo algunos alcanzarán las mejores notas, el hecho de que las calificaciones se dan a individuos y no a grupos, la idea de que la competencia genera excelencia, todas esas ideas y prácticas son reflejos del poder de las construcciones económicas en la educación.

En la medida en que la economía feminista logre colocar la abundancia, el altruismo y la cooperación en la agenda económica, aumentarán mucho las oportunidades para enseñar en las escuelas a atender las necesidades de otros. Al impulsar una ideología que dé menos importancia a la obtención individual de bienes y servicios y más a la calidad de vida y al sentimiento de relación con los demás, la economía feminista podría tener un papel muy importante a desempeñar tanto en la educación como en la supervivencia de nuestra sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

- Bergmann, Barbara, *The Economic Emergence of Women*, Nueva York, Basic Books, 1986.
- , “Measurement or Finding Things out in Economics”, *Journal of Economic Education*, 1987, pp. 191-201.
- Blau, Francine D., “On the Role of Values in Feminist Scholarship”, *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 6, núm. 3, 1981, pp. 538-540.
- Gagnier, Regina, “Feminist Postmodernism: The End of Feminism or the Ends of Theory”, Rhode, Deborah L., (ed.) *Theoretical Perspectives on Sexual Difference*, Nueva Haven, Yale University Press, 1990.
- Nelson, Julie, “The Study of Choice or the Study of Provisioning? Gender and the Definition of Economics”, in Ferber and Nelson (eds.), *Beyond Economic Man*, Chicago, University of Chicago Press, 1992.
- Strober, Myra H., “The Scope of Microeconomics: Implications for Economic Education”, *Journal of Economic Education*, primavera de 1987, pp. 135-149.
- , “Rethinking Economics Through a Feminist Lens”, *American Economic Review*, mayo, 1994.
- Waring, Marilyn, *If Women Counted: A New Feminist Economics*, San Francisco, Harper and Row, 1988.